

DE LA EQUITACIÓN



JENOFONTE



Grupo
**CABALLOS
ARGENTINOS**

Título: De la Equitación

Autor: Jenofonte

Etiquetas: Tratado

Editor: Grupo Caballos Argentinos

Fecha de creación: Noviembre de 2018

www.caballosargentinos.com

JENOFONTE

Jenofonte (en griego Xenofon, ca. 431 a. C. - 354 a. C.) fue un historiador, militar y filósofo griego, conocido por sus escritos sobre la cultura e historia de Grecia.

Nació en las cercanías de Atenas, en la región de Ática, durante la segunda mitad del siglo V a. C., en el seno de una familia acomodada. Su infancia y juventud transcurrieron durante la Guerra del Peloponeso (431-

404 a. C.), en la que participó formando parte de las fuerzas ecuestres.

Fue discípulo de Sócrates y escribió diálogos inspirados en su persona.

Durante el gobierno de los Treinta Tiranos, Jenofonte se unió a una expedición de mercenarios griegos a Persia conocida como la Expedición de los Diez Mil, contratados por el príncipe persa Ciro el Joven (con quien trabó amistad), que se enfrentaba a su hermano mayor Artajerjes II, el rey de Persia. A la muerte de Ciro en la batalla de Cunaxa, la expedición quedó abandonada a su suerte, sin recursos y en el medio del imperio persa, por lo que se tuvo que abrir paso a través de 1500 km de territorio hostil hasta conseguir volver a Grecia.

El relato de Jenofonte sobre esta expedición lleva por nombre Anábasis y es su obra más conocida. Alejandro Magno consultó durante su invasión al

Imperio aqueménida este excelente escrito, que le ayudó incluso a tomar serias decisiones en el ataque y asedio a diferentes ciudades y fortificaciones.

Tras regresar a Grecia, Jenofonte entra al servicio del rey espartano

Agesilao II, que comandaba un cuerpo expedicionario griego para proteger las ciudades griegas de Asia Menor de los persas (396 a. C.).

Sin embargo, la alianza griega pronto se rompió y en 394 a. C. tuvo lugar la batalla de Coronea, en la que Esparta se enfrentó a una coalición de ciudades griegas de la que formaba parte Atenas.

Jenofonte tomó parte en la batalla, al servicio de Agesilao, por lo que fue desterrado de su patria.

En cualquier caso, los espartanos le distinguieron primero con la proxenía (honor concedido a un huésped extranjero) y más tarde con una finca en territorio eleo, en Escilunte, cerca de Olimpia, en la que comenzó a escribir parte de su prolífica obra. Aquí se le unieron su esposa, Filesia, y sus hijos, los cuales fueron educados en Esparta.

En 371 a. C. se libró la batalla de Leuctra, tras la cual los eleos recuperaron los territorios que les habían sido arrebatados previamente por Esparta, y Jenofonte tuvo que trasladarse a Corinto. Al tiempo, el poder emergente de Tebas originó una nueva alianza espartano-ateniense contra Tebas, por lo que le fue levantada la prohibición de volver a su patria. Sin embargo, no hay evidencia de que Jenofonte retornara a Atenas.

DE LA EQUITACIÓN

Como nos consideramos expertos en equitación por haber sido jinetes durante mucho tiempo, deseamos también enseñar a los amigos más jóvenes el procedimiento que juzgamos más correcto en su trato con los caballos. También escribió, por cierto, sobre la equitación Simón, quien, además, ofrendó un caballo de bronce en Atenas, en el Eleusinio, y grabó en la base sus propias hazañas. En verdad, nosotros al menos no vamos a eliminar de nuestro tratado todo cuanto se reconozca que coincide con el suyo; al contrario, lo transmitiremos a los amigos con mucho más gusto, pues opinamos que merecen mucho más crédito las ideas suyas que coinciden con las nuestras, ya que era un buen jinete. Además, todo lo que a él se le pasó por alto trataremos de descubrirlo nosotros. En primer lugar, describiremos cómo a uno se le puede engañar en la compra de un caballo.

Es evidente que se debe comprobar, incluso, el buen estado físico del potro aún no domado, ya que todavía no presenta pruebas claras de su carácter el caballo que aún no ha sido montado.

A su vez, en lo que se refiere al cuerpo, afirmamos que es necesario examinar, ante todo, los pies. Efectivamente, como no tendría ninguna utilidad una casa si la parte superior fuese muy hermosa, pero no estuviesen los cimientos como es necesario, igualmente no sería de ninguna utilidad un caballo dedicado a la guerra si fuese de pies defectuosos aunque bueno en todo lo demás, pues lógicamente no podría sacar ningún provecho de ninguna de sus buenas cualidades.

Se podrían comprobar sus pies examinando, primero, los cascos.

Realmente, los gruesos aventajan mucho a los delgados para la buena disposición de sus patas. Luego, no debe pasar inadvertido, además, si los cascos, delante y detrás, son altos o bajos, o incluso a ras del suelo; pues los altos mantienen lejos del suelo la llamada golondrina, mientras que los bajos andan a la vez con la parte más dura y la más blanda del pie, como las personas patizambas. Afirma Simón que también por el ruido se muestran los buenos pies, y habla con razón, ya que el casco cóncavo, al golpear el suelo, resuena como un címbalo.

Ya que empezamos por aquí, subiremos por esta parte hacia el resto del cuerpo.

Es preciso, asimismo, que los huesos situados encima del casco y por debajo de las cuartillas no sean demasiado rectos como los de una cabra. Efectivamente, si son demasiado resistentes, tales pies fatigan con sus sacudidas al que monta y se abrasan con más facilidad. Tampoco deben ser demasiado bajos esos huesos, pues se despellejarían y se ulcerarían las cuartillas al andar el caballo entre terrones o entre piedras.

Es necesario, igualmente, que los huesos de las piernas sean fuertes, pues ellos son los soportes del cuerpo; pero, por supuesto, no gruesos en venas ni en carnes, de lo contrario, cuando ande por terrenos duros acabarán llenándose de sangre, se originarán varices, se hincharán las patas y caerá la piel, y al perderla, también se dislocará el peroné con frecuencia volviendo cojo al caballo. A su vez, si el potro dobla las rodillas con soltura al andar, puedes conjeturar que, cuando sea montado, también tendrá soltura en las piernas, pues con el tiempo todos doblan las rodillas con demasiada soltura. Las sueltas son estimadas justamente, ya que vuelven al caballo más infatigable y sin pasos en falso, mejor que las patas duras.

En cambio, los muslos que están bajo los omóplatos o espaldilla, si son gruesos, parecen más fuertes y de mejor aspecto, como los del hombre. Asimismo, el pecho, si es bastante ancho, es por naturaleza más bello y fuerte, y más adecuado para mantener las patas separadas y no cruzadas.

A su vez, su cuello, que no nazca del pecho caído como el del jabalí, sino que llegue recto a la cresta como el del gallo, pero que sea flexible en la juntura; y la cabeza, huesuda, pero que tenga mejillas pequeñas. Así, su nuca estará delante del que monta y su vista verá lo que tiene ante sus pies; en consecuencia, el que tenga tal figura será forzado lo mínimo aunque sea muy brioso. En efecto, los caballos no intentan lanzarse doblando el cuello y la cabeza, sino tensándolo. Es necesario examinar también si las quijadas son duras o blandas ambas, o sólo una de ellas, pues los que no las tienen iguales llegan a ser de quijadas diferentes en sensibilidad la mayoría de las veces.

Asimismo, el caballo de ojos saltones parece que es más despierto que el de ojos hundidos y puede ver mejor. Igualmente, los ollares dilatados son más adecuados para respirar que los recogidos y, a la vez, hacen al caballo más sobrecogedor, pues cuando se encabrita a un caballo con otro caballo o se llena de brío en la equitación, efectivamente ensancha más las narices. También una cresta un tanto grande y unas orejas un poco pequeñas vuelven, realmente, más característica la cabeza del caballo.

A su vez, la cruz alta ofrece al que monta un asiento más seguro, y a los hombros y al cuerpo una adherencia más fuerte. El lomo que dobla en dos es más blando para sentarse y más agradable a la vista que el sencillo.

También las costillas un tanto hundidas e infladas hacia el vientre hacen al caballo de asiento más sólido y, a la vez, más fuerte, y da la sensación de estar mucho mejor alimentado.

Por otra parte, cuanto más anchas y cortas sean las ancas, con tanta mayor facilidad alza el caballo el cuarto delantero y recoge el cuarto trasero. Además, el vientre parece entonces muy pequeño; el cual, por un lado, si es grande, afea especialmente al caballo, y por otro, hace también al caballo más débil y pesado.

En cambio, los ijares deben ser anchos y musculosos para que estén en proporción con las costillas y el pecho. Si todas las partes son sólidas, serán más ligeras las que se relacionan con la carrera y volverán más veloz al caballo. Si, además, tiene los muslos de debajo de la cola separados con un trazo ancho, entonces también recogerá bajo el vientre sus patas traseras bien extendidas. Al hacer esto, hará más terrorífica y, a la vez, más fuerte la montura, e igualmente la carrera, y será en todo superior a sí mismo. Además, puede probarlo por lo que hacen los hombres. Efectivamente, cuando quieren levantar algo del suelo, todos intentan realizarlo abriendo las piernas y no juntándolas.

Es preciso también que no tenga grandes los testículos, cosa que no se puede observar en el potro.

Sobre las partes bajas traseras, corvejones y cañas, y cuartillas y cascos, decimos lo mismo que sobre las delanteras.

Quiero escribir otra cosa sobre la alzada en que uno difícilmente fallaría. Lógicamente, si las cañas de cualquier recién nacido son muy largas, ese llegará a ser alto, pues andando el tiempo las patas de todos los cuadrúpedos no crecen mucho de tamaño, y con relación a ellas crecerá, a su vez, el resto del cuerpo como si estuviese acorde en la medida. Si se comprueba de este modo el aspecto del potro, me parece natural que, especialmente así, consigamos uno de buenos pies, fuerte, musculoso, de buen porte y buena alzada; y, aunque algunos al crecer cambien, lo comprobaríamos, sin embargo, de este modo sin dudar, pues en verdad, muchísimos más de los deformes se vuelven útiles, que deformes, de entre los que tienen tales cualidades. Por otra parte, no nos parece que tengamos que explicar cómo se debe domar a los potros. Realmente, en las ciudades, los mejor dotados de bienes y que no tienen una participación pequeña en el gobierno de ella, son los que forman en la caballería; y es mucho mejor para el joven cuidarse de su buen estado,

que de domar potros, y, si conoce ya la equitación, ejercitarse en cabalgar. Para el mayor de la familia, es, de igual modo, mejor cuidarse de sus amigos y de los asuntos políticos y militares, que gastar el tiempo en domar potros.

El que opine como yo sobre la doma de potros es evidente que entregará en arriendo el potro. Pero debe entregarlo, lo mismo que cuando entrega a su hijo para que aprenda un oficio, después de haber redactado por escrito lo que debe saber cuándo se lo devuelvan. En consecuencia, el domador de potros tendrá las subsiguientes reglas, que cumplirá obligatoriamente si pretende cobrar un sueldo a cambio. Ahora bien, hay que preocuparse por entregar al domador el potro manso, acostumbrado a la mano y amigo del hombre. Realmente, la mayoría de las veces se consigue eso en casa por medio del palafrenero, siempre que sepa arreglárselas para que coincida el que sienta hambre y sed y picaduras de tábanos con su ausencia, y, en cambio, coma, beba y sea librado de lo que le molesta por medio de las personas. Si se realiza esto, es lógico que, por fuerza, los hombres no sólo sean queridos por los potros, sino, incluso, añorados. Es preciso, además, tocar aquellas partes del caballo que le gusta que sean acariciadas, esto es, las más pilosas y las que el propio caballo no puede atender cuando siente molestias. Encárguese también al palafrenero pasar entre la multitud y acostumbrar sus ojos a todo tipo de cosas y sus oídos a toda clase de ruidos. Sin irritarlo, sino calmándolo, es necesario enseñar al potro que no es peligroso todo lo que le infunde pavor.

Sobre la doma de potros me parece que ya se han dicho al profano las cosas más importantes que se realizan.

A su vez, para cuando se compre un caballo que ya ha sido montado, vamos a escribir las reglas que debe conocer bien quien pretenda no ser engañado en la compra. En primer lugar, no le pase inadvertido, por supuesto, la edad que tiene. Efectivamente, el que no tenga ya ningún diente indicador no gozará de muchas esperanzas ni tampoco se podrá librar fácilmente de él.

Mas cuando su juventud es evidente, es preciso, a su vez, que no pase inadvertido cómo acepta el freno en su boca y la correa superior alrededor de sus orejas. Esto no se puede ocultar, si, en presencia del comprador, pone el freno y, en su presencia, se lo quita.

Luego, es preciso fijarse en cómo acoge en su lomo al que le monta, ya que muchos caballos admiten difícilmente aquello que les es manifiesto que, una vez admitido, les supondrá forzosamente un trabajo.

Hay que atender también a lo siguiente: si, una vez montado, quiere apartarse de los caballos o si, cabalgando junto a otros que están

parados, no sale de junto a ellos. Hay algunos que por una defectuosa educación huyen de las maniobras hacia las salidas que llevan al establo. A su vez, delatan a los caballos de quijadas de constitución diferente el llamado galope de «traba» y mucho mejor el cambio de la marcha, ya que muchos no aceptan salir, a menos que coincida la quijada defectuosa con la salida a casa. Asimismo, es preciso saber también si cuando se lanza al galope, se detiene en breve espacio y quiere volver. Es bueno también no carecer de experiencia, si, cuando es levantado a golpes, quiere igualmente obedecer. Pues, sin duda, es inútil un criado o un ejército desobediente, pero un caballo desobediente no sólo es inútil, sino que, además, muchas veces se comporta como un traidor.

Puesto que nos proponemos comprar un caballo apto para la guerra, lógicamente se ha de comprobar todo cuanto ésta exige, esto es, saltar fosos, pasar sobre muros, lanzarse sobre ribazos y bajar de ellos, y comprobar, asimismo, que marcha por cuevas y pendientes y en oblicuo, pues todos esos ejercicios garantizan un brío constante y un cuerpo sano.

No obstante, no hay que desestimar al caballo que no haga perfectamente todo eso, pues muchos se quedan atrás en esos ejercicios no porque no puedan, sino porque carecen de experiencia; pero, una vez que han aprendido, se han acostumbrado y ejercitado, pueden hacer perfectamente todo eso, siempre que, por otra parte, estén sanos y no sean defectuosos.

En cambio, se han de evitar los de natural receloso, pues a los demasiado asustadizos no se les puede utilizar para dañar al enemigo, y, muchas veces, hacen caer al que monta y lo ponen en situaciones muy difíciles.

Se debe examinar, asimismo, si el caballo tiene alguna dificultad, sea con otros caballos sea con el hombre, y también si es difícil de almohazar, pues todas esas cosas son molestas para sus dueños.

Los impedimentos relacionados con el freno y la montura y los demás movimientos de cabeza los podría reconocer uno mucho mejor, si, cuando el caballo ya está cansado, intenta hacer de nuevo todo exactamente igual que antes de empezar a cabalgar. Naturalmente, los que, estando fatigados, aceptan someterse a nuevas fatigas, esto es suficiente prueba de un brío resistente.

Resumiendo, cualquier caballo que sea de pies bien formados, manso, bastante rápido, que acepte y pueda soportar esfuerzos y que, sobre todo, obedezca, ése será, lógicamente, el menos molesto y el mejor protector del que monta en las acciones de guerra; mas los que necesitan de un gran cicate a causa de su flojedad, o por ser demasiado fogosos

requieren muchos halagos y atenciones, distraen las manos del que monta y le infunden desánimo en los peligros.

Por otro lado, si un hombre queda prendado de un caballo, lo compra y se lo lleva a su casa, es bueno que el establo esté en tal lugar de la casa, que el dueño pueda verlo a menudo. Es bueno también arreglar la caballeriza de modo que no se pueda robar el alimento del pesebre del caballo con mayor facilidad que el de la despensa del dueño. Quien es negligente en esto, en mi opinión se despreocupa de sí mismo, pues es evidente que, en los peligros, el dueño deposita su propia vida en el caballo. Es bueno un establo seguro no sólo para que no sea sustraído el alimento, sino para que se vea si el caballo lo tira, pues si uno se da cuenta de esto, puede saber que el cuerpo requiere cuidado por exceso de sangre, o que necesita descanso por estar excesivamente cansado o que le aqueja una indigestión de cebada o cualquier otro achaque. Como en el hombre, igualmente en el caballo todo es más fácil de curar al principio que después que se encona y, sobre todo, si se aplica un tratamiento erróneo a la enfermedad.

Del mismo modo que hay que cuidar del alimento del caballo y de los ejercicios para que el cuerpo sea vigoroso, exactamente igual hay que ejercitar sus remos. Naturalmente, los establos húmedos y suaves perjudican, incluso, a los cascos sólidos. Para evitar la humedad, deben tener un desagüe, y para que no sean blandos, piedras incrustadas unas en otras, de tamaño parecido al de los cascos... pues los tales establos... endurecen además los pies que lo pisan. A su vez, el caballo debe ser sacado por el palafrenero al lugar donde lo almohaza, y lo debe desatar lejos del pesebre después del almuerzo, para que, luego, vaya a cenar con más ganas. El patio del establo será mejor y fortalecerá sus pies de la siguiente manera: echando cuatro o cinco carros de piedras redondas mezcladas, de un tamaño que se llenen las dos manos y con un peso de una mina aproximadamente, y rodeándolas, además, de un cerco de hierro para que no queden sueltas.

Efectivamente, pisarlas es como caminar habitualmente parte del día por un camino pedregoso. Forzosamente cuando es almohazado y picado por tábanos, usará los cascos igual que cuando anda; además, las piedras echadas de esa forma endurecen las golondrinas de sus pies. Igual que en relación con los cascos hay que cuidar de que sean sólidos, del mismo modo hay que cuidar de que las partes de la boca sean blandas. Las mismas cosas que tornan suaves las carnes del hombre tornan suave la boca del caballo.

Nos parece que es propio de un buen jinete enseñar, además, al palafrenero lo que debe hacer con el caballo.

Primero, ciertamente, debe él saber que nunca se hace el nudo del cabestro que lo sujeta al pesebre donde se pone la correa superior, pues el caballo se rasca a menudo la cabeza en el pesebre y, si no se coloca el cabestro con holgura alrededor de las orejas, se puede hacer llaga generalmente. A su vez, si se llagan esas partes, necesariamente el caballo será algo díscolo al embridarlo y almohazarlo. Asimismo, es bueno que el palafrenero tenga el encargo de retirar cada día el estiércol y la cama del caballo a un sitio determinado, pues si lo hace, lo sacará con mayor facilidad y, a la vez, será beneficioso para el caballo. También es necesario que el palafrenero sepa poner el bozal al animal cuando lo saque para almohazarlo y llevarlo al revolcadero. Igualmente, a donde lo lleve sin freno siempre debe ir embozado, pues el bozal no impide respirar, pero sí morder. Además, si lo tiene puesto, se evita mejor que el caballo ataque.

Se debe atar al caballo por la parte superior de la cabeza, pues todos tienden instintivamente a esquivar hacia arriba todo lo que les molesta en torno a su cara. Si está atado así, al levantar la cabeza, más bien afloja las ataduras, pero no las rompe.

Cuando se almohaza, empíese por la cabeza y las crines, ya que si no están limpias las partes superiores, es inútil limpiar las inferiores.

Después, pasando a contrapelo por el resto del cuerpo con todos los instrumentos de limpieza, hay que sacudir el polvo en la dirección natural del pelo. Mas no se deben tocar los pelos del espinazo con ningún instrumento, sino frotar y suavizar con las manos según la inclinación natural que tienen; pues, así, jamás se dañará el asiento del caballo. Es necesario lavar bien la cabeza con agua, ya que, como es huesuda, si se limpia con instrumentos de hierro o de madera, se lastima al caballo. También es necesario mojar el copete, dado que esas crines, aunque sean muy largas, no impiden ver al caballo y espantan de sus ojos lo que le molesta. Se debe creer que los dioses han dado al caballo esas crines, en lugar de las grandes orejas que dieron a los asnos y mulos como defensas de sus ojos.

Debe lavarse también la cola y las crines, puesto que es necesario que crezcan las crines: las de la cola, para que alcancen lo más posible y así espante el caballo aquello que le molesta, y las del cuello, para que el que monta tenga un asidero lo más generoso posible. En verdad, han sido dadas al caballo de parte de los dioses y como ornato crines, copete y, además, cola. La prueba es que, efectivamente, las yeguas no soportan lo mismo a los asnos en el acoplamiento, mientras tienen el pelo largo. Por lo cual, para la cubrición cortan el pelo a las yeguas todos los que hacen que sean montadas por asnos.

Suprimimos, en cambio, el lavado de los pies, pues no ayuda nada y daña los cascos el mojarlos cada día. Hay que disminuir también la limpieza excesiva del vientre, pues molesta enormemente al animal. Cuanto más limpias estén esas partes, tanto más se concentran bajo el vientre bichos molestos. Además, aunque uno se esfuerce mucho en limpiar esas partes, en cuanto sale fuera el caballo, inmediatamente se pone igual que aquellos que no se lavaron. En consecuencia, es necesario dejar esas partes. Igualmente, el almohazamiento de las extremidades hecho sólo con las manos es suficiente.

Enseñaremos, además, cómo se puede almohazar de la forma menos peligrosa para uno mismo y más beneficiosa para el animal. Por supuesto, si lo limpia mirando en la misma dirección que el caballo, corre el riesgo de recibir un golpe en el rostro con la rodilla y el casco, mas si lo hace mirando en dirección contraria al caballo y fuera de sus remos, y lo cepilla apoyándose en sus omóplatos, entonces no le ocurrirá nada y podrá, incluso, atender la golondrina del caballo levantando el casco. De la misma manera limpie también los remos posteriores. Quien anda con caballos debe saber que hay que acercarse lo menos posible a la cara y cola del animal, tanto para limpiarlo como para todo lo demás que tenga que hacer, pues si el caballo intenta atacar por estos dos lados puede con el hombre; pero si uno se acerca de lado, podrá utilizarlo sin el menor daño para él y de la mejor forma. Cuando haya que llevar el caballo, el conducirlo yendo detrás no lo aprobamos por las siguientes razones: porque así es imposible que se pueda guardar quien lo lleva y, en cambio, el caballo puede hacer muchísimo mejor lo que quiera. Por otra parte, nos parece mal también enseñar al caballo a ser conducido de lejos, con un cabestro largo, ya que, naturalmente, puede el caballo molestar por cualquier lado, y puede, además, volverse y enfrentarse al que lo lleva. Y si se lleva de esa forma a varios caballos juntos, ¿cómo se los podrían separar unos de otros? En cambio, un caballo acostumbrado a ser conducido por el lado, podrá molestar menos a otros caballos y a las personas y estará muy bien preparado siempre que el jinete necesite montar con rapidez.

Para que el palafrenero coloque correctamente el freno, que se acerque, primero, por la izquierda del caballo. Luego, después de haber pasado las riendas sobre su cabeza, que las deje caer sobre la cruz, levante con la derecha la correa superior y coloque el bocado con la izquierda. Si lo acepta, naturalmente se debe poner la frontalera, y si no abre la boca, se debe mantener el freno junto a los dientes y empujarlo hacia el interior de la mandíbula del caballo con el dedo gordo de la mano izquierda, pues si se hace esto, la mayoría relajan la boca. Mas, si ni aun así hay que

oprimir su labio contra el diente canino. Realmente, muy pocos no aceptan si sufren esa presión.

Tenga bien aprendido, además, el palafrenero lo siguiente: primero, que nunca lleve de la rienda al caballo, pues lo vuelve de diferente sensibilidad en las quijadas; luego, qué distancia debe haber del bocado a las quijadas, pues unas suelen encallecer su boca en esa parte tanto que no es lo bastante sensible, y otros, haciéndolo caer hacia el fondo de la boca, le permiten morder el bocado y no obedecer a él. Es necesario, también, que el palafrenero observe lo siguiente: si el caballo no acepta fácilmente el freno al darse cuenta de que debe trabajar. Efectivamente, tan importante es que el caballo consienta en tomar el freno, que el que no lo acepta es completamente inútil. Mas si no se le embrida únicamente cuando va a hacer un esfuerzo, sino también cuando va a comer y cuando regresa de la equitación a casa, no sería nada extraño que espontáneamente arrebate el freno que se le pone delante.

Asimismo, es bueno que el palafrenero sepa montar al modo persa, de modo que el propio dueño, cuando esté enfermo o sea de edad avanzada, tenga quien le facilite montar y atienda con agrado a cualquier otra persona si desea que le ayuden a montar.

No acercarse jamás a un caballo encolerizado, esto solo es la mejor lección y norma con respecto al animal, pues la cólera es irreflexiva, y muchas veces mueve a hacer cosas de las que hay que arrepentirse.

Cuando el caballo recela de algo y no quiere acercarse, hay que enseñarle que no es peligroso, especialmente para un caballo de brío; y en caso contrario, tocar uno mismo lo que parece peligroso e ir acercando al caballo suavemente. En cambio, aquellos que los obligan a golpes les infunden mayor terror aún, pues creen los caballos, cuando en tal situación sufren algún castigo, que su causa es aquello que temían.

Cuando el palafrenero entregue el caballo al que monta, que el caballo sepa agacharse, de forma que sea fácil subirse, no nos parece mal; ahora bien pensamos que el jinete debe ejercitarse y saber montar aun cuando el caballo no lo facilite; pues unas veces la ocasión nos brinda un caballo distinto, y otras, el mismo actúa de forma diferente.

Ahora describiremos todo aquello que, si lo hace el jinete, puede ser muy útil para sí mismo y para el animal en la equitación cuando reciba el caballo para montarlo. Primero, se debe tomar con apresto en la mano izquierda la rienda que cuelga del bridón o de la anilla del freno, y tan floja, que no tire para atrás del caballo si pretende subir cogiéndose de las crines próximas a las orejas, ni si salta apoyado en la lanza. Con la derecha tome las riendas y, a la vez, las crines junto a la cruz para que, al montar, nunca dé un tirón con el freno de la boca del caballo.

Segundo, después que se alce para la acción de montar, con la izquierda tire de su cuerpo como con una correa y, al mismo tiempo, extienda la derecha y súbase apoyado así; pues si monta de esta manera, no ofrecerá por detrás un desagradable espectáculo con la pierna contraída. Igualmente, no ponga la rodilla sobre el lomo del caballo, mas pase por encima la pierna sobre el costado derecho. Y cuando pase el pie, ponga también entonces sus nalgas sobre el caballo.

Si se da el caso de que el jinete conduce el caballo con la izquierda y sostiene la lanza con la derecha, nos parece bueno también que se ejercite en saltar por el lado derecho.

No se necesita saber hacer nada más que lo que, en un caso, se hacía con la parte derecha del cuerpo, hacerlo con la parte izquierda, y lo que, en otro, con la izquierda, hacerlo con la derecha. Recomendamos esa forma de montar, porque se puede, al mismo tiempo, estar montado y tener todo preparado por si hubiera que enfrentarse de improviso con el enemigo.

Cuando se siente, sea a pelo o sobre un paño, no recomendamos la posición como si fuera sobre un carro, sino recto, como si estuviese andando, con las piernas bien abiertas, pues así se agarrará mejor al caballo con los dos muslos, y, si está recto, podrá disparar y herir desde el caballo con más fuerza, si fuera preciso. Es necesario, además, dejar suelta desde la rodilla la pierna y el pie, pues si la mantiene fija y choca con algo, se puede romper. En cambio, si la pierna queda libre y cae algún objeto sobre ella, cederá y no moverá el muslo en absoluto. Es preciso, asimismo, que el jinete se acostumbre a que su propio cuerpo, de caderas arriba, quede lo más libre posible, pues de este modo podrá hacer mayores esfuerzos, e incluso si alguien lo arrastra o empuja, caerá con menos facilidad.

Asimismo, cuando esté ya sentado, debe, primero, enseñar al caballo a mantenerse quieto hasta que estire los faldones en caso necesario, ponga simétricas las riendas y tome la lanza de la forma más cómoda, y segundo, mantener el brazo izquierdo pegado al costado, pues así el jinete será muy ligero y su mano muy firme. También recomendamos que las riendas sean iguales, y que no sean débiles ni resbaladizas ni gruesas para que la mano pueda coger la lanza cuando sea necesario.

Cuando se dé al caballo la señal de avanzar, comience paso a paso, pues esto evita al máximo cualquier inconveniente. Llévelo más alto con las riendas en las manos, si el caballo se inclinase excesivamente a un lado, y más bajo, si levantase demasiado la cabeza, ya que de esta forma adornará más su figura. Después de esto, si corre al trote que le es natural, relajará su cuerpo de la forma menos molesta y llegará a correr al

galope muy a gusto. Asimismo, puesto que realmente es mejor visto, en general, comenzar con el izquierdo, puede empezar, de ordinario, por ese lado de la siguiente manera: si, cuando va al trote, pisa con el derecho, entonces se da al caballo la señal de correr al galope, pues al ir a levantar el izquierdo puede comenzar por ése, y cuando se vuelve sobre los remos de la parte izquierda, entonces desea incluso iniciar el primer salto de la carrera a galope. En consecuencia, cuando se vuelve hacia la derecha, es natural guiar al caballo con la derecha, y cuando se vuelve hacia la izquierda, con la izquierda.

Igualmente, recomendamos la equitación llamada de «traba», pues acostumbra al caballo a volverse sobre ambas mandíbulas. Asimismo, es bueno cambiar la equitación para que ambas mandíbulas se ejerciten del mismo modo con cada una de las dos clases de equitación.

Recomendamos, además, la de «traba de distinto recorrido» en cada sentido, con preferencia a la «circular», pues así el caballo dará la vuelta con más gusto, por estar ya harto de hacer siempre lo mismo, y se ejercitará al mismo tiempo en carreras y en vueltas. Hay que detenerlo un poco en las vueltas, pues no es fácil ni seguro para el caballo doblar en poco espacio cuando va al galope, sobre todo si la zona es dura o resbaladiza.

A su vez, al detenerlo, jamás se debe inclinar uno mismo; de lo contrario, hay que saber bien que el menor pretexto bastará para echarle por tierra a él y al caballo. Después que el caballo tenga ante su vista el tramo recto desde la misma vuelta, en ese momento láncele a toda velocidad, pues es evidente que en las guerras las medias vueltas son causadas por tener que perseguir o retirarse. Es bueno, pues, entretenerse en tomar velocidad una vez dada la vuelta. Y cuando parezca que el ejercicio es ya suficiente para el caballo, después de descansar, es bueno también volver a lanzarse de repente a la mayor velocidad posible, por supuesto desde y no hacia otros caballos, y pararse en el menor espacio posible en medio de la carrera, y, una vez parado, dar media vuelta y lanzarse de nuevo, porque es previsible que venga un día en que precise cada uno de esos dos ejercicios. A su vez, cuando llegue el momento de apearse, jamás se apee entre caballos ni junto a un grupo de personas ni fuera del lugar de la equitación, sino que, precisamente, allí donde el caballo es forzado a trabajar, allí también logre su bienestar.

Puesto que hay zonas donde el caballo tendrá que correr por pendientes, por cuestas y en oblicuo, pasar saltando, lanzarse fuera y saltar de arriba abajo, es preciso enseñarle todos estos ejercicios, y ejercitarse uno mismo y ejercitar al caballo, pues así se salvarán mutuamente y, en unión, se mostrarán más eficaces.

Si alguien piensa que nos repetimos, porque ahora hablamos de lo mismo que tratamos antes, esto no es una repetición, pues, al comprar, exigíamos comprobar si el caballo podría hacerlo, y ahora afirmamos que es necesario enseñarlo al caballo propio y vamos a escribir cómo se le debe enseñar. Naturalmente, quien tome un caballo completamente inexperto en el salto, debe atravesar el foso él primero sujetándolo con las riendas, y luego, debe tirar de ellas para que salte. Si no quiere, con un látigo o vara láncelo con el mayor ímpetu posible. Y, así, no saltará sólo la distancia exacta, sino incluso mucho más de lo que el caso requería; y, en adelante, jamás necesitará golpearle, sino que, con tal que vea a alguno que venga detrás, saltará.

Después de que, así, se acostumbre a pasar saltando, llévelo, primero, por cuevas poco pronunciadas y, luego, de mayor importancia, y cuando vaya a saltar, golpéelo con la espuela. Igualmente, enséñelo a saltar en cuevas y en pendientes arreándolo con la espuela. Si el caballo realiza todos estos ejercicios con el cuerpo recogido, será más seguro para el propio animal y para quien va montado, que si salta o se lanza por cuevas y pendientes abandonando su cuarto trasero.

En lo que atañe a pendientes, hay que enseñarlo, primero, en terreno blando, y, después que se acostumbre a ello, terminará por correr mucho más a gusto por terrenos inclinados que por cuevas. Quienes temen que se descoynten sus espaldas si marchan por terrenos inclinados, anímense sabiendo que persas y odrisos, todos en general, luchan en pendientes y no tienen, por ello, caballos menos sanos que los griegos. Asimismo, no omitiremos cómo debe ayudar el que monta en cada uno de esos ejercicios. Naturalmente, es necesario inclinarse hacia delante al lanzar el caballo de repente, pues esquivará y lanzará con menos facilidad al que monta; además, agacharse un poco y echarse hacia atrás, pues el caballo se golpeará menos. Al saltar un foso o lanzarse por una cueva, es útil agarrarse de las crines, de modo que el caballo no se agobie por la dificultad del terreno y, a la vez, con el freno. A su vez, por pendientes, se ha de echar uno mismo un poco de espaldas y tirar del caballo con el freno, para que ni él ni el caballo sea llevado por la pendiente caído hacia delante.

Es correcto también practicar la equitación cada vez en sitios diferentes, y unas veces, durante largo tiempo y, otras, breve, pues es un tanto odioso para el caballo realizar siempre los mismos ejercicios y en la misma zona. Puesto que el jinete, al ir a toda carrera, debe estar seguro y poder utilizar correctamente las armas desde el caballo, donde hay zonas apropiadas y fieras, es irreprochable practicar la equitación cazando; donde no exista, es una buena práctica que dos hombres a caballo, de común acuerdo,

emprenda uno la huida por toda clase de terrenos y se ejercite en la retirada arrojando la lanza hacia atrás, y el otro lo persiga con jabalinas emboladas y manejando la lanza de la misma manera, y, cuando esté al alcance de la jabalina, dispare contra el otro que huye con ellas emboladas y, cuando esté al alcance de su lanza, acometa con ella contra el apresado. También es útil, cuando llegan al encuentro, arrastrar hacia sí al enemigo y después empujarlo de repente, pues eso puede derribarlo.

Igualmente es correcto para quien es arrastrado lanzar su caballo sobre el otro, pues al hacer eso, el arrastrado podría derribar al que arrastra antes que caer él mismo.

Siempre que haya otro campamento establecido en frente, hagan cargas de la caballería entre sí, efectúen persecuciones de los contrarios hasta las filas enemigas y retiradas hasta llegar a las propias. Entonces es útil también saber que, mientras uno está entre amigos, es bello y seguro dar media vuelta y atacar con fuerza entre los primeros, pero, cuando lleguen cerca del enemigo, retener el caballo bien sujeto, pues es lógico que así podrá dañar gravemente al enemigo y no ser dañado por él.

Evidentemente, los dioses otorgaron al hombre el enseñar con la palabra lo que se debe hacer, aunque es obvio que con la palabra no puedes enseñar nada al caballo; mas si, cuando actúa como deseas, le muestras tu agrado a cambio, y cuando desobedece, lo castigas, entonces reconocerá, generalmente, cuál es su deber. Esta regla se puede decir en breves palabras, pero se aplica a la equitación en su conjunto.

Efectivamente, admitirá mejor el freno, si siempre que lo acepta, recibe alguna recompensa. Igualmente, saltará, se lanzará y servirá en todo lo demás, si luego espera cierto bienestar cada vez que realiza todo lo que se le indica por medio de una señal.

Se ha dicho ya cómo se evitará el más mínimo engaño al comprar un potro o un caballo, cómo se utilizará el animal sin el menor daño y, sobre todo, cómo se puede enseñar un caballo con todo lo que el soldado de caballería necesita para la guerra, si hace falta. Pero tal vez sea oportuno también describir, por si alguna vez se tuviera que utilizar un caballo más fogoso o más flojo de lo normal, la forma más correcta de tratar al uno y al otro.

Primero, pues, es necesario conocer que para el caballo el brío es lo que para el hombre la cólera; porque como al hombre no se le irrita si no se le dice o hace algo molesto, igualmente quien no molesta al caballo no lo irritará jamás. En consecuencia, se debe cuidar, ya al montar, de no molestarlo en absoluto. Después de montarlo, quedándose parado más tiempo del que suele hacerse, hay que ponerlo en marcha suavemente

por medio de señales. Luego, comenzando así muy lentamente, hay que ir pasando a velocidad, de modo que el caballo no se dé cuenta siquiera de la velocidad que alcanza. Lo mismo que perturban al hombre imágenes, ruidos y otras sensaciones inesperadas, así también espanta al caballo cualquier señal imprevista. Por ello, es necesario darse cuenta de que lo inesperado causa confusión al caballo.

Si quieres retener al caballo que va lanzado a mayor velocidad de la adecuada, no hay que tirar de repente, sino ganarlo con el freno suavemente y no pararlo a la fuerza. También calman al caballo las carreras largas mejor que las vueltas constantes; asimismo, las carreras de larga duración los ablandan y calman y no excitan al fogoso. Por más que uno declare, basándose en hechos, que emprendiendo carreras una y otra vez se calma al caballo, su opinión está en contra de lo que realmente ocurre, pues en tales carreras, generalmente, el fogoso emprende la marcha forzado y encolerizado como un hombre irascible, e incluso muchas veces se causa daños irreparables a sí mismo y al que va montado. Hay que evitar lanzar al caballo fogoso a toda carrera y negarle abiertamente el correr con otro que vaya a su lado, pues ordinariamente los caballos fogosos son también los que más ambicionan el triunfo. Igualmente, los frenos «suaves» son más adecuados que los «ásperos». Si se coloca uno áspero, hay que asemejarlo al suave dejándolo flojo. Es bueno, asimismo, acostumbrarlo a estar quieto, sobre todo al caballo fogoso, y a no tocarlo en absoluto con nada, salvo con las partes que tocamos para sentarnos seguros.

Se debe saber, además, otra lección, que es calmarlo con el castañeteo y excitarlo con el cloqueo; y si desde el principio se le apacigua con el cloqueo y se le induce al esfuerzo con el castañeteo, el caballo aprenderá a avivarse con el castañeteo y a calmarse con el cloqueo. Es preciso, igualmente, que, ante un alboroto o ante un toque de trompeta, no le dé uno mismo al caballo muestras de turbación ni le acerque nada que pueda turbarlo; al contrario, en tal circunstancia, calmarlo en lo posible y facilitarle, si cabe, el almuerzo o la comida. Es un consejo magnífico no adquirir para la guerra un caballo demasiado fogoso.

A su vez, en cuanto a un caballo flojo, me parece que basta con escribir que debe hacerse todo lo contrario de cuanto aconsejamos para tratar al brioso.

Si se quiere utilizar un caballo apto para la guerra y cabalgar como si fuera uno magnífico y famoso, debe evitarse tirar de su boca con el freno, picarlo con la espuela y arrearlo con el látigo, cosas que hacen muchos creyendo que resulta vistoso; el resultado es todo lo contrario de lo que ellos pretenden, ya que, al tirar de la boca hacia arriba, en lugar de que

los caballos vean lo que tienen delante, los ciegan, y, espoleándolos y pegándoles, los asustan, de modo que se quedan turbados y corren peligro. Este proceder es propio de caballos que se molestan muchísimo con la equitación y que actúan de un modo desagradable e incorrecto. En cambio, si enseña al caballo a cabalgar con el freno libre y a mantener alzado su cuello, a arquearlo a partir de la cabeza, entonces conseguirá que el caballo actúe como a él le gusta y que se sienta orgulloso. Hay pruebas de que al animal le gusta ese proceder, pues cuando quiere realzar su figura entre otros caballos, sobre todo si está entre yeguas, entonces alza excesivamente su cuello, arquea notablemente su cabeza, piafa, hace cabriolas y tensa y levanta su cola. En consecuencia, cuando se le lleva a aquello que él hace, precisamente, para realzar su figura, sobre todo cuando se pavonea, entonces exhibirá un caballo que se recrea en la equitación, un caballo magnífico, impresionante y admirado. Cómo pensamos que se conseguirá esto, vamos ahora a intentar explicarlo.

Primero, por cierto, es preciso poseer, al menos, un par de frenos. Uno de ellos, que sea «suave», con las cabezas o copas bastante grandes; el otro, con las cabezas pesadas y pequeñas y el bocado punzante, para que, cuando lo tome, no pueda sufrir su aspereza y lo suelte, y, en cambio, cuando tome el «suave», guste de su suavidad, de modo que aquello que le fue enseñado mediante el «áspero», lo haga también con el «suave». A su vez, si se burla de su suavidad y se apoya frecuentemente en él, entonces aplicaremos al «suave» las cabezas grandes, para que, forzado por ellas a estar con la boca abierta, suelte el bocado. Es posible además hacer con el «áspero» todo tipo de variaciones retorciéndolo y tensándolo.

De cualquier clase que sean los frenos, que todos sean «móviles» o articulados, pues cuando el caballo toma uno inmóvil o «fijo», lo mantiene entero contra la mandíbula, exactamente igual que, cuando se coge un asador por la parte que sea, se levanta el asador completo. El otro tipo, en cambio, actúa como una cadena, porque únicamente aquella parte que se mantenga permanece sin doblar, mientras que la otra queda colgando.

Como siempre está al acecho de lo que se le escapa de su boca, expulsará el bocado de sus mandíbulas. Por la misma razón, hay unas anillas o eslabones sueltos en medio de los ejes, para que vaya tras ellos con su lengua y con sus dientes y descuide recobrar el freno contra las mandíbulas.

Por si se ignora qué es un freno «móvil» y qué es uno «fijo», vamos a describirlo también. Es «móvil», pues, cuando los ejes tienen las

articulaciones holgadas y lisas, de modo que giran con facilidad; y, si todo cuanto se coloca alrededor de los ejes es de abertura holgada y no es fijo, entonces tiene aún mayor movilidad. En cambio, si cada pieza del freno corre con dificultad y también todo el conjunto, en eso consiste el que sea «fijo».

Sea cual sea su tipo, de acuerdo con él se ha de realizar todo lo que sigue, si realmente se quiere exhibir un caballo como se ha dicho.

No hay que echar hacia atrás la boca del caballo con tanta brusquedad que intente zafarse, ni con tanta suavidad que no se entere. Después de echarla para atrás y de que levante su cuello, se le ha de aplicar inmediatamente el freno. Por lo demás, es preciso, como no dejamos de decir, complacer al caballo cuando realice un servicio perfecto. Después de observar que el caballo acepta, gustoso y con soltura, mantener su cuello en alto, entonces no es necesario causarle ninguna molestia para obligarlo a realizar un esfuerzo, sino halagarlo como si se quisiese descansar, porque, animándolo de esta forma, generalmente llegará a correr con prontitud. Hay pruebas de que al caballo le gusta lanzarse a la carrera. Efectivamente, para escapar, no marcha ninguno paso a paso, sino corriendo; es natural, pues, que le guste eso, si no se le obliga a correr más de lo justo. Jamás a nadie, ni hombre ni caballo, le gusta nada que sobrepase el punto exacto.

Sólo cuando se ha conseguido cabalgar con arrogancia, es costumbre nuestra, en los primeros ejercicios, lanzarlo a mayor velocidad después de cada vuelta. En cambio, si se retiene con el freno al caballo que ha aprendido este ejercicio y, al mismo tiempo, se le indica con una señal de espuelas que efectúe algún movimiento, agobiado por el freno y excitado por la señal de lanzarse, entonces echa su pecho hacia delante e irritado lanza al aire sus pies, y no sólo, ciertamente, por ligereza, porque realmente los caballos no emplean en vano sus piernas a la ligera cuando se ofenden. Pero si se le afloja el freno cuando está inflamado de esta manera, por el placer de creer, debido a esta flojedad del freno que está suelto, entonces con una figura arrogante se deja llevar ufanándose de la ligereza de sus piernas imitando exactamente el pavoneo ante otros caballos. Los que contemplan semejante caballo lo llaman libre, voluntarioso, apto para la equitación, brioso, impetuoso y de apariencias agradable e impresionante al mismo tiempo.

Concluyan aquí estas normas escritas por nosotros por si a alguien le interesan.

Por otro lado, si alguien quiere llegar a servirse de un caballo apto para las procesiones, airoso y brillante, tales cualidades no nacen con frecuencia en cualquier animal, sino que es imprescindible que tenga un

ánimo arrogante y un cuerpo robusto. Por cierto, eso que creen algunos, de que el que tenga ligeras las piernas podrá, igualmente, elevar su cuerpo, no es así, sino que lo hará mucho mejor, el que tenga las ancas ligeras, cortas y vigorosas (y no nos referimos a las partes de junto a la cola, sino, naturalmente, a las que están entre los costados y los ijares y el vientre, pues ése podrá extender perfectamente los remos posteriores bajo los anteriores, porque cuando él los extiende, si se le hace retroceder con el freno, dobla los posteriores por los corvejones y alza su cuarto delantero, de modo que muestra a quienes están enfrente el vientre y los genitales.

Cuando hace eso, hay que librarle el freno, para que los que lo vean crean que realiza voluntariamente las cosas más hermosas propias de un caballo.

Por supuesto, hay quienes le enseñan esto golpeándolo con una vara bajo los corvejones, y otros, mandando a uno que pase corriendo y con un bastón le pegue en los muslos por la parte interior. En cambio, nosotros consideramos la mejor enseñanza, como decimos siempre, el que a cualquier ejercicio que realice conforme a la intención del que va montado, le acompañe siempre la concesión por su parte de alguna satisfacción, pues lo que el caballo hace obligado, como dice también Simón, ni lo comprende mejor ni es más bello que si uno dirigiese a un bailarín al son del látigo y del aguijón. Realmente, quien soporte tal trato, sea hombre o caballo, más que hacer algo con arte lo ejecutará torpemente. Al contrario, a una señal dada, debe exhibir voluntariamente todas sus cualidades más hermosas y brillantes. Igualmente, si se cabalga hasta que avance lleno de sudor y, cuando realice cabriolas llenas de gracia, se afloja y suelta el freno inmediatamente, se debe saber bien que realizarán cabriolas voluntariamente.

Lógicamente, cabalgando en caballos semejantes son representados dioses y héroes, y los hombres que los utilizan con prestancia producen una impresión magnífica. Y causa una admiración tan grande el caballo que cabriolea, que atrae las miradas de todos cuantos lo ven, jóvenes y viejos. Realmente, nadie deja ni renuncia a contemplarlo, al menos mientras se exhibe con tanta brillantez.

A su vez, si un día alguien de los que poseen semejante caballo se encuentra con que es jefe de escuadrón o jefe de la caballería, no debe proponerse únicamente el modo de conseguir relumbré personal, sino, más bien, cómo se volverá el cortejo entero un digno espectáculo. Si lo dirige, pues, de la forma que se atraen el aplauso tales caballos, y marcha delante el caballo que realiza las cabriolas más altas y frecuentes recogiendo mucho su cuerpo, es evidente que le seguirán paso a paso

los demás caballos; mas, ¿qué puede haber de brillante en esa contemplación? En cambio, si despiertas al caballo y no lo diriges con velocidad ni excesiva lentitud, como los caballos muy briosos se vuelven muy impresionantes y de la mejor prestancia a la vez, si los llevas así, el ruido de sus cascos, el relincho y el resuello de los caballos irán al unísono de modo que no sólo él, sino también todos los que le escoltan, ofrecerán un espectáculo maravilloso.

Verdaderamente, si uno se compra un caballo excelente, lo alimenta para soportar las fatigas y lo utiliza correctamente en las maniobras militares, en las cabalgatas para exhibición y en las luchas contra el enemigo, ¿qué le impide entonces volver sus caballos mucho mejores que cuando los recibió, tener caballos famosos y adquirir él mismo fama en la equitación, si no se interpone algún ser divino?

También queremos tratar cómo tiene que armarse quién va a arriesgarse sobre un caballo.

Primero, pues, afirmamos que la coraza esté hecha para ajustarse al cuerpo, porque todo el cuerpo soporta la que queda justa; en cambio, las excesivamente flojas únicamente las soportan los hombros, y, al contrario, las muy estrechas son una atadura y no una armadura. Puesto que el cuello es una de las partes vitales, sostenemos también que hay que hacer una protección adaptada a él y que arranque de la misma coraza, porque al propio tiempo que sirve de adorno, si está hecha como es debido, cubre, cuando se quiere, el rostro del que va montado hasta la nariz. A su vez, consideramos que el mejor casco es el fabricado en Beocia, pues es el que mejor cubre todo lo que está más arriba de la coraza y no impide ver.

Asimismo, hágase de tal manera que no impida sentarse ni inclinar la cabeza. Las «alas» que rodean el vientre, los genitales y lo que le rodea, sean de tal tamaño y calidad, que protejan contra los proyectiles.

Puesto que si sufre algún daño la mano izquierda, anula al jinete, recomendamos, igualmente, la armadura inventada para ella, la llamada «mano», pues cubre el hombro, el brazo, el codo y lo que está en contacto con las riendas y se extiende y se dobla. Además, cubre el espacio libre de la coraza bajo la axila. A su vez, como hay que levantar la mano derecha siempre que se quiera lanzar la jabalina o asestar un golpe, en consecuencia se debe rebajar la parte de la coraza que lo impida. En su lugar, se han de acoplar alas en las articulaciones para que, al levantar el brazo, se desplieguen al mismo tiempo y, al bajarlo, se cierren. Por otro lado, para el brazo nos parece que es mejor la que se pone como si fuera una canillera, que la que va sujeta al resto de la armadura. Igualmente, la parte próxima a la coraza que queda

desguarnecida al levantar la diestra, se ha de cubrir con piel de becerro, o bien con una lámina de bronce; de lo contrario, quedará sin protección una parte tan vital.

Como, siempre que el caballo sufre algún daño, también el que monta se mete de lleno en un peligro, es preciso armarlo con testera, peto y piezas que protejan los flancos. Para el que va montado, realmente éstas se convierten, al mismo tiempo, en quijotes. De todas las partes del caballo es preciso proteger, especialmente, el vientre, pues es una parte vital y muy débil a la vez. Se le puede proteger también con el arnés. Es necesario, asimismo, que el asiento esté cosido de tal manera que el jinete quede sentado con la máxima seguridad y que no dañe el lomo del caballo. Por supuesto, también en las restantes partes caballo y caballero pueden ser armados de esta manera. Piernas y pies pueden sobresalir, naturalmente, de los quijotes, aunque quedarán armados también si se preparan una especie de botas de cuero, del mismo del que se hacen los zapatos, pues así serían a la vez armadura para las piernas y calzado para los pies.

Naturalmente, esa armadura es para defenderse, siempre que los dioses sean propicios; pero, para atacar al contrario, recomendamos el sable corto mejor que la espada, pues debido a la posición elevada del jinete le será más adecuado el golpe de puñal que el de espada. A su vez, en lugar de lanza de pértiga, como es débil y difícil de manejar, recomendamos, más bien, las dos jabalinas de madera de cornejo, porque la persona experta puede lanzar una y servirse de la que le queda para atacar de frente, de lado y por detrás. Además, son más fuertes que la lanza y más fáciles de manejar.

Recomendamos también el lanzamiento muy largo, pues así el mayor tiempo facilita dar la vuelta y tomar el otro dardo. Asimismo, vamos a escribir brevemente cómo se efectuará mejor el lanzamiento. Si se adelanta el lado izquierdo, se levanta el lado derecho, se eleva el cuerpo desde los muslos y se lanza el arma echándose un poco hacia atrás, entonces el arma arrojadiza llevará un gran impulso y será un tiro muy largo y muy certero, realmente, si cada vez que se lanza el arma mira al blanco.

Concluyan aquí estas notas, instrucciones y prácticas redactadas por nosotros para el profano; en cambio, lo que al jefe de la caballería le conviene saber y hacer, se han expuesto en el otro tratado.

- FIN -